



PUENTE AL REFUGIO

Una novela

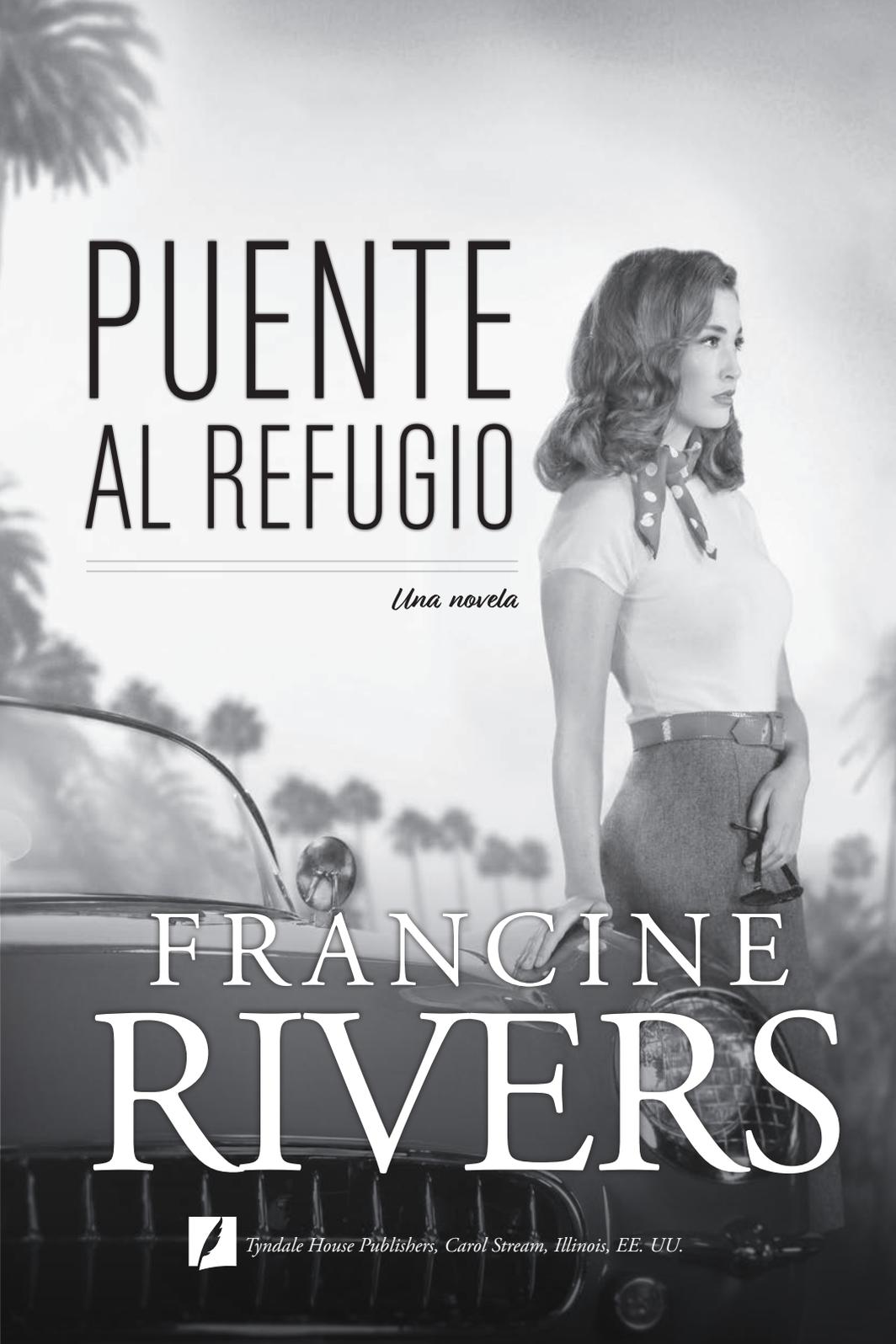
FRANCINE
RIVERS

AUTORA DE ÉXITO DEL NEW YORK TIMES

PUENTE AL
REFUGIO

PUENTE AL REFUGIO

Una novela



FRANCINE
RIVERS



Tyndale House Publishers, Carol Stream, Illinois, EE. UU.

Visite Tyndale en Internet: tyndaleespanol.com y BibliaNTV.com.

Entérese de las últimas novedades sobre Francine Rivers en FrancineRivers.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Ministries.

Puente al refugio

© 2020 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2014 como *Bridge to Haven* por Tyndale House Publishers con ISBN 978-1-4143-6818-4.

Bridge to Haven © 2014 by Francine Rivers. All rights reserved.

Fotografía en la portada de la mujer y el carro por Stephen Vosloo © Tyndale House Publishers. Todos los derechos reservados.

Fotografía en la portada de los árboles © [franckreporter/iStockphoto](https://www.franckreporter/iStockphoto). Todos los derechos reservados.

Fotografía en la portada del puente © Steve Knox. Usada con permiso.

Fotografía de la autora por Elaina Burdo © 2014. Todos los derechos reservados.

Diseño: Alberto C. Navata Jr.

Edición en inglés: Kathryn S. Olson

Traducción al español: Patricia Cabral de Adriana Powell Traducciones

Edición en español: Christine Kindberg

Publicado en asociación con la agencia literaria Browne & Miller Literary Associates, LLC, 410 Michigan Avenue, Suite 460, Chicago, IL 60605.

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas en los capítulos 3, 5, 11 y 16 son de la Reina-Valera Antigua, de dominio público.

Puente al refugio es una obra de ficción. Donde aparezcan personas, eventos, establecimientos, organizaciones o escenarios reales, son usados de manera ficticia. Todos los otros elementos de la novela son producto de la imaginación de la autora.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Names: Rivers, Francine, date- author. | Cabral, Patricia, translator.

Title: Puente al refugio / Francine Rivers ; [traducción al español:

Patricia Cabral].

Other titles: Bridge to haven. Spanish

Description: Carol Stream, Illinois, EE. UU. : Tyndale House Publishers, [2020] | "Originalmente publicado en inglés en el 2014 como Bridge to Haven por Tyndale House Publishers"--Title page verso.

Identifiers: LCCN 2020017816 (print) | LCCN 2020017817 (ebook) | ISBN 9781496445681 (trade paperback) | ISBN 9781496445698 (kindle edition) | ISBN 9781496445704 (epub) | ISBN 9781496445711 (epub)

Classification: LCC PS3568.I83165 B7518 2020 (print) | LCC PS3568.I83165 (ebook) | DDC 813/.54--dc23

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

26 25 24 23 22 21 20
7 6 5 4 3 2 1

AGRADECIMIENTOS

A LO LARGO DE LOS AÑOS, muchas personas me han apoyado en la escritura y han influido en ella. Mi esposo, Rick, siempre ha sido el primero en la lista. Me alentó desde el principio a que empezara a escribir y, luego, insistió para que sacara el manuscrito del armario y lo enviara. Me respaldó para que dejara mi empleo, fuera una madre ama de casa y me dedicara a mi profesión como escritora. Nuestros hijos (todos adultos ya, con sus propios hijos) también me animan. Nuestra hija, Shannon, publica mis blogs, me envía recordatorios de lo que se necesita y está atenta a los correos electrónicos de la página en Internet.

Mi representante, Danielle Egan-Miller, y su socia, Joanna MacKenzie, se ocupan de los asuntos comerciales de mi carrera y me dan la libertad para concentrarme en el proyecto que tenga en curso. Confío incondicionalmente en ellas y agradezco el tiempo que dedican a conseguir nuevos ámbitos de publicación: en el extranjero, en Estados Unidos, en el ciberespacio. Todo éxito que tenga se lo debo en gran parte a su ardua labor.

He tenido la bendición de trabajar con la misma editorial, Tyndale House, durante más de veinte años. Sacar un libro siempre ha sido un esfuerzo de equipo, desde los ejecutivos hasta los editores, desde los diseñadores de portada hasta los especialistas

de mercadeo y expertos en Facebook, y todos los que trabajan en distribución. Estoy agradecida con cada uno de los que participan en el proceso de extraer mi libro de un dispositivo USB (o de los archivos enviados por correo electrónico) para llevarlo a las páginas impresas y a las librerías en nuestras ciudades y en Internet. Quiero agradecer especialmente a Mark Taylor y a Ron Beers, quienes me han apoyado firmemente y han sido buenos amigos desde el comienzo de mi lanzamiento al mundo editorial cristiano. Me alentaron desde el principio. Otra amiga especial es Karen Watson, quien siempre me hace las preguntas adecuadas para ayudarme a pensar con mayor profundidad y, a veces, a dirigirme a un rumbo distinto. Mi editora, Kathy Olson, es una bendición. Sabe qué quitar y cuándo hay que agregar. Ve el panorama completo, así como los pequeños detalles. Siempre espero con ansias la hora de trabajar con ella. Gracias también a Stephanie Broene por su contribución, particularmente en las preguntas para discusión, y a Erin Smith por revisar mis datos históricos y ayudarme con mi página de autora en Facebook.

Muchos amigos me han acompañado en persona y en oración durante el proceso de escritura, en particular durante los momentos sombríos en los que me pregunto por qué se me ocurrió que podía llegar a escribir algo que tuviera sentido para alguien. Colleen Phillips es mi alma gemela en Chile. Los miembros de nuestro estudio bíblico de los martes en la noche son poderosos guerreros de oración. Cuando necesito ayuda, convoco a mis brillantes compañeras creativas de Coeur d'Alene, quienes aman firmemente al Señor, cantan como ángeles, escriben como profetas y cuentan chistes como si fueran cómicas estupendas. No veo la hora de que llegue nuestro retiro anual de oración, trama y ocio.

Aquellos que he nombrado aquí y muchos que no he mencionado: todos han enriquecido mi vida incalculablemente. Que el Señor siga derramando bendiciones sobre todos y cada uno.

CAPÍTULO I



*Así es, estás conmigo desde mi nacimiento;
me has cuidado desde el vientre de mi madre.*

SALMO 71:6

1936

Llenándose los pulmones con el aire frío de octubre, el pastor Ezekiel Freeman comenzó su vigilia matutina. Había trazado la ruta sobre un mapa cuando recién había llegado al pueblo. Cada edificio le traía a la mente a ciertas personas, y él las mantenía en oración ante el Señor, dando gracias por las pruebas que habían superado, orando por las pruebas que enfrentaban ahora y preguntándole a Dios qué papel podía desempeñar él para ayudarlas.

Caminó hacia la Thomas Jefferson High School. Pasó por el Restaurante de Eddie, el lugar de reunión preferido de los estudiantes. Adentro, las luces estaban encendidas. Eddie salió por la puerta principal. «Buenos días, Ezekiel. ¿Quieres una taza de café?».

Ezekiel se sentó junto a la barra mientras Eddie apilaba hamburguesas para cocinar. Conversaron sobre el fútbol americano de la preparatoria y de quién tenía posibilidades de ganar una beca. Ezekiel le agradeció el café y la charla y se encaminó nuevamente a la oscuridad de la calle.

PUENTE AL REFUGIO

Cruzó la calle principal y caminó por las vías del ferrocarril hacia la aldea de indigentes. Vio una fogata y se acercó a los hombres sentados alrededor de ella, preguntando si les molestaba que los acompañara. Varios habían vivido en el pueblo lo suficiente como para conocer a Ezekiel. Otros eran desconocidos, hombres de aspecto cansado y deteriorado por recorrer el país tomando trabajos esporádicos sobre la marcha y viviendo precariamente. Un joven dijo que le gustaba el estilo del pueblo y que esperaba quedarse. Ezekiel le dijo que en el aserradero al norte del pueblo estaban buscando un cargador. Le dio al joven una tarjeta con su nombre, la dirección de la iglesia y su número telefónico. «Visítenos cuando quiera. Me gustaría saber cómo le va».



Los grillos entre el pasto alto y el búho posado sobre un pino imponente se callaron cuando un carro entró al Parque Ribereño, pasó al lado del río y frenó cerca de los baños. Una joven salió del asiento del conductor. La luna llena iluminaba lo suficiente como para que viera por dónde iba.

Gimiendo de dolor, se agachó y apoyó su mano sobre su vientre abultado. Las contracciones llegaban cada vez más rápido; no pasaba ni un minuto entre una y otra. Necesitaba un refugio, algún lugar oculto donde dar a luz. Caminó tropezando en la oscuridad hacia el baño de damas, pero no pudo abrir la puerta. Profirió un sollozo ahogado y se dio la vuelta, buscando algo.

¿Por qué había conducido tan lejos? ¿Por qué no se había registrado en un motel? Ahora era demasiado tarde.



La plaza del centro era el siguiente destino en el recorrido de Ezekiel. Oro por cada uno de los comerciantes, por los miembros del concilio que esa tarde tenían una reunión en el ayuntamiento y por los viajeros alojados en el Hotel El Refugio. Todavía estaba

oscuro cuando caminó por la calle Segunda y vio el camión de Leland Dutcher, cargado de mercancías, doblando por el callejón al lado del Supermercado de Gruening. Todos le decían Dutch, aun su esposa, quien estaba en el hospital padeciendo las últimas etapas de su cáncer. Ezekiel se había reunido con ella varias veces y sabía que sufría más por la falta de fe de su esposo que por estar cerca de la muerte. «Sé adónde voy. Estoy más preocupada por dónde terminará Dutch». El hombre trabajaba seis días a la semana y no veía necesario pasar el séptimo en la iglesia. A decir verdad, estaba furioso con Dios y no quería hacerle caso.

Los frenos del camión chirriaron brevemente cuando se detuvo. Dutch bajó el vidrio de su ventanilla.

—Esta es una mañana fría como para estar dando vueltas por la calle, pastor. ¿Tiene una novia escondida en alguna parte?

Ezekiel pasó por alto su sarcasmo y metió las manos frías en sus bolsillos.

—Es la mejor hora para orar.

—Bueno, al infierno y aleluya, no quiero robarle tiempo de sus asuntos. —Soltó una risotada ronca.

Ezekiel se acercó a él.

—Ayer vi a Sharon.

Dutch dejó escapar un suspiro.

—Entonces sabe que no está muy bien.

—No. No está bien. —A menos que hubiera un milagro, no le quedaba mucho tiempo. Ella descansaría más en paz si no estuviera tan preocupada por su esposo, pero decir eso en ese preciso momento solo pondría más agresivo a Dutch.

—Adelante, pastor. Invíteme a la iglesia.

—Ya sabe que la invitación siempre está abierta.

Dutch decayó un poco.

—Ella ha insistido durante años para que vaya. En este momento, lo único que tengo ganas de hacer es escupir a Dios en la cara. Es una buena mujer; la mejor que haya conocido. Si hay

PUENTE AL REFUGIO

alguien que merece un milagro, es Sharon. Dígame qué ayuda está dándole Dios.

—Dutch, el cuerpo de Sharon morirá, pero ella no. —Vio el destello de dolor y supo que no estaba preparado para escuchar más—. ¿Quiere que lo ayude a descargar el camión?

—Gracias, pero creo que puedo arreglármelas solo. —Dutch forzó los cambios, soltó una grosería y siguió conduciendo por el callejón.



El bebé salió en un torrente de tibieza resbaladiza, deslizándose de su cuerpo, y la joven dio un grito ahogado de alivio. El apretujón férreo y desgarrador había pasado y ahora podía volver a respirar más tranquila. Jadeando en las sombras debajo del puente, miró hacia arriba, entre los soportes de acero, al cielo repleto de estrellas.

El bebé yacía pálido y perfecto bajo la luz de la luna, sobre un manto negro de tierra. Estaba demasiado oscuro para ver si era un niño o una niña. De todas maneras, ¿qué importancia tenía?

Con el cuerpo febril, la joven se retorció para quitarse el fino suéter y lo puso sobre el recién nacido.



Sopló una brisa fría. Ezekiel se subió el cuello de la chaqueta. Caminó por la calle Mason, cruzó la Primera y bajó por la calle McMurray; volvió por la Segunda hacia el Hospital El Buen Samaritano. El puente le vino a la mente, pero quedaba en la dirección opuesta. Durante los meses de verano, solía cruzarlo hacia el Parque Ribereño, especialmente cuando el campamento adyacente estaba lleno de visitantes viviendo en carpas.

En esta época del año, cuando las temperaturas bajaban y caían las hojas de los árboles, no habría nadie en el campamento.

La oscuridad estaba cediendo, aunque todavía faltaba un rato para que saliera el sol. Debía volver a su casa, pero el puente

acechaba en sus pensamientos. Ezekiel cambió de rumbo y se dirigió al puente y al Parque Ribereño.

Se sopló las manos. Esa mañana debía haberse puesto los guantes. Se detuvo en la esquina y se preguntó si ir hacia el puente o volver a su casa. Siempre se daba una ducha y se afeitaba antes de desayunar con Marianne y con Joshua. Si se dirigía ahora al puente, llegaría tarde a su casa.

Tuvo una sensación de apremio. Alguien necesitaba ayuda. Solo tardaría diez minutos en caminar hasta el puente, menos si apresuraba el paso. No estaría en paz a menos que lo hiciera.



Temblando fuertemente, la joven subió la ventanilla de su carro, sabiendo que nunca se libraría de la culpa y el remordimiento. Con una mano trémula giró la llave que había dejado en el punto de arranque. Solo deseaba alejarse de este lugar. Quería cubrirse la cabeza y olvidar todo lo que había sucedido, todo lo que había hecho mal.

Giró el volante y apretó demasiado fuerte el acelerador. El carro patinó hacia un costado y sintió un torrente de adrenalina en su cuerpo. Enderezó rápidamente el carro, mientras las ruedas disparaban gravilla como balas hacia el parque. Bajó la velocidad y dobló a la derecha, rumbo al camino principal. Fijó la vista adelante, mirando con ojos empañados de lágrimas. Iría al norte y buscaría un motel barato. Entonces decidiría cómo quitarse la vida.

La brisa se movió sobre la playa arenosa y debajo del puente. Ya sin la protección del tibio vientre de su madre, el bebé abandonado sintió el frío punzante del mundo. Emitió un llanto suave, luego un gemido lastimero. El agua llevó el sonido, pero ninguna luz se encendió en las casas que daban al río.



El acero de la celosía Pratt sobresalía por encima de los árboles. Ezekiel cruzó el antiguo camino del río y tomó la vereda del

puente. Se detuvo a la mitad del cruce y se apoyó en la baranda. El río ondeaba debajo de él. Había llovido pocos días antes y la playa había quedado lisa y compacta. El lugar estaba desierto.

¿Por qué estoy aquí, Señor?

Ezekiel se incorporó, todavía preocupado. Esperó otro instante y se dio vuelta. Hora de irse a casa.

Un sollozo débil se confundió con los sonidos del río. ¿Qué era eso? Sujetándose a la baranda, se inclinó hacia adelante y miró entre las sombras de los extremos del puente. El sonido llegó otra vez. Cruzó el puente rápidamente y cortó camino por la loma cubierta de hierba, yendo hacia el estacionamiento. ¿Era un gatito? La gente solía descartar las crías no deseadas al lado del camino.

Volvió a escuchar el sonido y esta vez lo reconoció. Joshua sonaba de la misma manera cuando era muy pequeño. *¿Un bebé, aquí?* Revisó en la penumbra con el corazón palpitante. Distinguió unas pisadas. Bajó a la ribera y siguió las pisadas por la arena hasta la gravilla que había debajo del puente. Las piedritas crujieron bajo sus pies.

Lo escuchó de nuevo, más débil esta vez, pero tan cercano que tuvo que mirar con cuidado antes de dar otro paso. Frunciendo el ceño, se agachó y levantó lo que parecía un suéter desechado. «Oh, Señor...». Un bebé yacía tan quieto, tan pequeño y tan blanco que se preguntó si era demasiado tarde. Una niña. Levantó el cuerpo con sus manos. No pesaba casi nada. Mientras la apoyaba sobre su antebrazo, la bebé abrió los bracitos como si fueran las alas de un pajarito tratando de volar y soltó un llanto trémulo.

Ezekiel se puso de pie de un salto, abrió de un tirón su chaqueta y arrancó los botones de su camisa para poder poner a la bebé contra su piel. Respiró sobre su rostro para darle calor. «Grita, corazoncito; grita lo más fuerte que puedas. Aférrate a la vida ahora. ¿Me oyes?».

Ezequiel conocía todos los atajos y llegó al Hospital El Buen Samaritano antes de que saliera el sol.

Ezequiel volvió al hospital al mediodía para visitar a Sharon. Dutch estaba con ella y se veía triste y extenuado. Sostenía la mano de su esposa entre las suyas y no hablaba. Ezequiel les habló a los dos. Cuando Sharon estiró su mano, él la tomó y oró por ella y por Dutch.

No podía irse sin pasar de nuevo por Neonatología. No debería haberse sorprendido de ver a Marianne parada al otro lado del vidrio, rodeando con su brazo al pequeño Joshua, de cinco años. Sintió que la ternura y el orgullo brotaban desde su interior. Su hijo era puro brazos desgarrados y piernas largas y delgadas, con rodillas huesudas y pies grandes.

Joshua apoyó sus manos en el vidrio.

—Es tan chiquita, papi... ¿Fui yo así de pequeño? —La diminuta bebé dormía profundamente en una pequeña cuna de hospital.

—No, hijo. Fuiste un gigante de cuatro kilos. —La expresión que vio en el rostro de Marianne lo preocupó. Tomó su mano—. Deberíamos irnos a casa, cariño.

—Gracias a Dios que la encontraste, Ezequiel. ¿Qué le habría sucedido si no lo hubieras hecho? —Marianne lo miró—. Deberíamos adoptarla.

—Sabes que no podemos. Ya encontrarán a alguien que la cuide. —Trató de alejarla.

Marianne no quiso moverse.

—¿Quién mejor que nosotros?

—Tú la encontraste, papi. —Se sumó Joshua—. El que la encuentra se la queda.

—No es una moneda que encontré en la vereda, hijo. Necesita una familia.

PUENTE AL REFUGIO

—Nosotros somos una familia.

—Sabes a qué me refiero. —Acarició la mejilla de Marianne—. Ya te olvidaste de lo que es cuidar a un recién nacido.

—Estoy en condiciones de hacerlo, Ezekiel. Sé que puedo. ¿Por qué no debería ser nuestra? —Retrocedió un paso—. Por favor no me mires así. Soy más fuerte de lo que piensas. —Sus ojos se llenaron de lágrimas antes de que se diera vuelta—. Solo mírala. ¿No te parte el corazón?

Ezekiel la miró, y su corazón se enterneció. Pero tenía que ser práctico.

—Debemos irnos.

Marianne estrujó su mano.

—“La religión pura y sin mácula delante de Dios y Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones”.

—No uses la Escritura contra mí cuando es a ti a quien trato de proteger.

Joshua miró hacia arriba.

—¿Protegerla de qué, papi?

—De nada. —Marianne le dirigió a Ezekiel una mirada reprobadora—. Solo una idea que se le metió a tu papá en la cabeza hace mucho tiempo. Ya la olvidará. Dios la puso en tus brazos, Ezekiel. No me digas que no lo hizo. —Marianne lo miró con ojos de corderito—. Tenemos a nuestro hijo. Con una niña, todo sería perfecto. ¿Acaso no te lo he dicho?

Se lo había dicho. Marianne siempre había anhelado tener más hijos, pero el médico les había advertido que su corazón, deteriorado por la fiebre reumática en la infancia, no era suficientemente fuerte para sobrevivir otro embarazo.

Ezekiel sintió que su determinación se disolvía.

—Por favor, Marianne. No sigas. —Le había llevado meses recuperarse del parto de Joshua. Cuidar a otro recién nacido sería demasiado agobiante para ella.

—Podemos ser padres de acogida. Llévemola a casa lo

antes posible. Si es demasiado, pues... —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Por favor, Ezekiel.

Diez días después, el Dr. Rubenstein firmó los papeles de autorización para la pequeña sin nombre y la puso en los brazos de Marianne. «Serán excelentes padres de acogida».

Al cabo de las primeras tres noches, Ezekiel empezó a preocuparse. Marianne se levantaba cada dos horas para darle de comer a la bebé. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que su salud se viera afectada? Aunque parecía agotada, no podía estar más feliz. Sentada en una mecedora, acunaba en sus brazos a la pequeña y la alimentaba con un biberón de leche tibia.

—Necesita un nombre real, Ezekiel. Un nombre prometedor y lleno de esperanza.

—Ava significa “vida” —dijo él antes de poder detenerse.

Marianne se rio.

—Tú la quisiste desde el comienzo, ¿verdad? No lo disimules.

¿Cómo podía no quererla? Sin embargo, sentía una punzada de temor.

—Somos padres de acogida, Marianne. No lo olvides. Si las cosas se vuelven demasiado para ti, llamaremos a la asistente social. Tendremos que devolver a Ava.

—¿A quién se la devolveríamos? La asistente social quiere que esto funcione. Y no creo que alguien en este pueblo quiera quitarnos a Ava. ¿O sí? —Al principio, Peter Matthews, un maestro de la escuela primaria local, y su esposa, Priscilla, habían manifestado interés, pero como ya tenían una bebé propia, coincidían en que Ava debía quedarse con los Freeman, si ellos podían hacerse cargo de ella.

Marianne dejó a un costado el biberón vacío y levantó a la bebé para apoyarla sobre su hombro.

—Tendremos que ahorrar dinero para agregar otro cuarto. Ava

no será una bebé por mucho tiempo. Dormirá en una cuna, luego en una cama normal. Necesitará su propia habitación.

No se podía razonar con ella. Todos los instintos maternos de Marianne habían a florado, pero cada día la desgastaba un poco más. Las siestitas que tomaba durante el día la ayudaban, pero los pocos minutos que dormía aquí y allá no bastaban para mantenerla saludable. Se le veía despeinada, pálida y ojerosa.

—Mañana dormirás hasta tarde. Yo la llevaré conmigo.

—¿En la oscuridad?

—Hay suficientes farolas y conozco el pueblo como la palma de mi mano.

—Tendrá frío.

—Yo la abrigaré. —Dobló una manta formando un triángulo, levantó a Ava de los brazos de Marianne, ató la manta alrededor de su cintura y de su cuello, y se enderezó—. ¿Ves? Abrigadita y envuelta como un tamalito. —Y junto a su corazón, donde estuvo desde el primer momento que la vio.

A veces, Ava se ponía inquieta cuando la llevaba a caminar temprano en la mañana, y él le cantaba himnos. «*A solas al huerto yo voy, cuando duerme aún la floresta...*». Ella se dormía un rato y se movía cuando Ezekiel paraba en el Restaurante de Eddie o se detenía a charlar con Dutch.

—Es bueno que se encargue de esa pequeñita. ¿No es una belleza, con toda esa cabellera pelirroja? —Eddie pasó la punta de un dedo sobre la mejilla de Ava.

Hasta el insensible Dutch sonreía cuando se asomaba por la ventanilla de su camión para mirarla.

—Parece un angelito. —Se echó hacia atrás—. Sharon y yo siempre quisimos tener niños. —Lo dijo como si fuera otro punto en contra de Dios. Sharon había fallecido y Ezekiel sabía que el hombre estaba afligido. Cuando los deditos de Ava se aferraron al meñique de Dutch, él pareció a punto de echarse a llorar—.

¿Quién abandonaría a una bebé debajo de un puente, por el amor del cielo? Qué bueno que usted pasó por ahí.

—No fue una casualidad que yo fuera ahí esa mañana.

—¿A qué se refiere? —El motor de Dutch rugía en punto muerto.

—Me sentí impulsado a ir. Dios hace eso, a veces.

Dutch parecía incómodo.

—Bueno, no voy a especular sobre lo que dice. Sin duda, esta pequeñita necesitaba a alguien esa mañana, o ya estaría muerta y sepultada. —Como Sharon, dijeron sus ojos.

—Si alguna vez quiere hablar, Dutch, solo llámeme.

—Es mejor que se dé por vencido conmigo.

—Sharon nunca lo hizo. ¿Por qué debería hacerlo yo?

A medida que Ava crecía, dormía más tiempo entre sus comidas y Marianne lograba descansar un poco más. No obstante, Ezekiel no dejó de llevar a Ava a sus caminatas. «Seguiré haciéndolo hasta que duerma toda la noche de corrido». Cada mañana, se levantaba antes de que sonara la alarma, se vestía y echaba un vistazo al cuarto de los niños, donde Ava ya estaba despierta, aguardándolo.



1941

Aun las demandas de una niña tranquila podían ser agobiantes, y Ezekiel vio cómo hacían estragos en Marianne.

Una tarde de junio, cuando llegó a su casa y encontró a Marianne dormida en el sillón mientras Ava, ya de cuatro años, metía y sacaba a su muñeca en el agua del inodoro, supo que las cosas iban a tener que cambiar.

—Estás agotada.

—Ava puede meterse en líos más rápido que en un santiamén.

—No puedes seguir así, Marianne.

Otros miembros de la congregación se dieron cuenta de lo cansada que se veía Marianne y manifestaron su preocupación. Un domingo, después del culto, Priscilla Matthews se acercó para hablar con ellos. Su esposo había colocado puertas para que Penny, su hija de cuatro años, no pudiera escaparse de la sala de estar. «Ahora, toda la sala es un gran corralito, Marianne. Renuncié a todo lo que puede romperse y lo guardé. ¿Por qué no le pides a Ezekiel que traiga a Ava un par de tardes por semana? Podrías descansar unas horas sin preocupaciones ni interrupciones».

Marianne se resistía, pero Ezekiel insistió en que era una solución perfecta.



Ezekiel compró madera, clavos, membrana impermeabilizante y tejas, y empezó a trabajar en una habitación en la parte trasera de la casa. Joshua, con sus nueve años, se sentaba sobre las tablas para sostenerlas firmemente mientras Ezekiel serruchaba. Uno de los feligreses contribuyó con el cableado para la electricidad. Otro hizo una cama de plataforma con cajones corredizos y ayudó a Ezekiel a colocar las ventanas que daban al patio trasero.

Aunque a Ezekiel no le entusiasmaba tanto que su hijo se mudara a una habitación estrecha que hacía poco había sido la terraza trasera, a Joshua le encantaba su «fuerte». Su mejor amigo, Dave Upton, vino a pasar la noche, pero el cuarto era tan angosto que Ezekiel terminó armando una carpa sobre el césped del fondo. Cuando volvió adentro, se desplomó sobre su sillón.

—El fuerte es demasiado pequeño.

Marianne sonrió; Ava estaba acurrucada a su lado en el sillón, con un libro de historias bíblicas abierto.

—No escucho que Joshua se queje. Los chicos parecen felices como cuervos en un maizal, Ezekiel.

—Por ahora. —Si Joshua se parecía a su padre y a sus tíos que

estaban en Iowa, el espacio le quedaría chico antes de que entrara a la preparatoria.

Ezekiel encendió el radio y revisó la correspondencia. La radio no transmitía más que malas noticias. Hitler se volvía cada vez más ambicioso. El insaciable führer seguía mandando aviones hacia el oeste a través del canal de la Mancha para bombardear a Inglaterra, mientras sus tropas asaltaban las fronteras rusas al este. Charles Lydickson, el banquero local, decía que solo era una cuestión de tiempo antes de que Estados Unidos se involucrara. El océano Atlántico no era protección alguna con todos esos submarinos alemanes merodeando, ansiosos por hundir embarcaciones.

Ezekiel le agradeció a Dios que Joshua solo tuviera nueve años, y luego se sintió culpable, sabiendo que muchos otros padres tenían hijos que pronto podrían partir a la guerra.

Cuando Marianne terminó de leer la historia de David y Goliat, apretó a Ava contra su cuerpo. La niña estaba casi dormida y Marianne parecía demasiado cansada para levantarse. Cuando lo intentó, Ezekiel se levantó de su asiento. «Déjame acostarla esta noche». Levantó a Ava del lado de Marianne y la niña se recostó contra él, con la cabeza apoyada en su hombro y un pulgar en la boca.

Apartó las mantas, las acomodó alrededor de ella y agachó la cabeza. Ella juntó las manos en actitud de oración y él las envolvió con las suyas. «Padre nuestro, que estás en el cielo... —Cuando terminaron, él se inclinó y la besó—. Dulces sueños».

Antes de que pudiera levantar su cabeza, ella rodeó su cuello con sus brazos.

—Te amo, papi. —Él también dijo que la amaba. Le dio un beso en cada mejilla y en la frente antes de salir de la habitación.

Marianne lucía apagada. Él frunció el ceño. Ella sacudió la cabeza, sonriendo débilmente.

—Estoy bien, Ezekiel. Solo un poco cansada. No me pasa nada que una buena noche de sueño no pueda curar.

Ezekiel supo que no era verdad cuando ella quiso levantarse y se tambaleó un poco. La levantó en sus brazos y la llevó a su habitación, donde se sentó en la cama con ella en su regazo.

—Llamaré al doctor.

—Ya sabes qué dirá. —Se echó a llorar.

—Tenemos que empezar a hacer otros planes. —No tenía el valor para decirlo de otra manera, pero ella sabía a qué se refería.

—No entregaré a Ava.

—Marianne...

—Me necesita.

—Yo te necesito.

—Tú la amas tanto como yo, Ezekiel. ¿Cómo puedes siquiera pensar en entregarla?

—Nunca debimos haberla traído a la casa.

Ezekiel meció a su esposa por un momento; luego la ayudó a quitarse la bata de felpa y la acomodó en la cama. La besó y apagó la luz antes de cerrar la puerta.

Casi se tropezó con Ava, sentada en el pasillo con las piernas cruzadas, aferrando su osito de peluche contra su pecho y el dedo pulgar en la boca. Lo asaltó la duda. ¿Cuánto había escuchado?

La levantó en sus brazos.

«Deberías estar en la cama, pequeña. —Volvió a arroparla entre las mantas y le dio un par de toquecitos en la nariz—. Esta vez, quédate debajo de las mantas. —La besó—. Duérmete».

Se desplomó en su sillón en la sala de estar y se agarró la cabeza con las manos. *¿Entendí mal, Señor? ¿Dejé que Marianne me persuadiera cuando tenías otro plan para Ava? Sabes cuánto las amo a las dos. ¿Qué hago ahora, Señor? Dios, ¿qué hago ahora?*

Ava estaba sentada en el primer banco mientras mami practicaba himnos en el piano; estaba tiritando a pesar de que papi había encendido la caldera para que el templo estuviera cálido para el

culto del día siguiente. La señorita Mitzi había dicho que si la calefacción no funcionaba correctamente, «la iglesia olía a humedad y a moho, igual que un cementerio». Ava dijo que no sabía a qué olía un cementerio, y la señorita Mitzi le respondió: «Bueno, no me mires así, jovencita. La única manera de que yo vaya es si me llevan ahí en un ataúd de pino».

La lluvia vapuleaba el techo y las ventanas. Papi revisaba sus apuntes para el sermón en la pequeña oficina ubicada a un costado de la entrada de la iglesia. Joshua había salido vestido con su uniforme de los Niños Exploradores a vender árboles navideños en la plaza del centro. Faltaban menos de tres semanas para Navidad. Mami había dejado que Ava la ayudara a hornear galletas de jengibre para los confinados en sus hogares y a armar el pesebre en la repisa de la chimenea. Papi y Joshua habían colocado las luces alrededor de la casa. A Ava le gustaba salir después de la cena a la puerta delantera y ver toda la casa iluminada.

Mami cerró el himnario, lo puso a un costado y se levantó. «Muy bien, cariño. Tu turno para practicar». Ava se paró de un salto del banco y subió corriendo las escaleras hasta el taburete del piano. Mami la levantó a medias y enseguida la soltó, se apartó y apoyó fatigosamente su mano sobre el piano, con la otra mano contra su pecho. Jadeó un momento y luego sonrió para alentar a Ava y apoyó un libro para principiantes en el atril. «Primero, toca tus escalas y, luego, “Noche de paz”. ¿Puedes hacerlo?».

Normalmente, mami se quedaba parada a su costado. Excepto cuando no se sentía bien.

A Ava le encantaba tocar el piano. Era su actividad preferida. Tocaba escalas y acordes, aunque le costaba llegar a todas las notas inmediatamente. Practicó «Noche de paz», «Oh pueblito de Belén» y «Allá en el pesebre». Cada vez que terminaba una, mami decía que lo hacía muy bien y Ava se sentía bien por dentro.

Papi entró al santuario.

«Creo que es hora de irnos». Puso un brazo sobre los hombros

de mami y la ayudó a levantarse. Desilusionada, Ava cerró la tapa del piano y los siguió al carro. Mami pidió disculpas por estar tan cansada y papi le dijo que iba a estar bien, que se recuperaría luego de descansar algunas horas.

Mami protestó cuando papi la cargó hasta adentro de la casa. Se sentó con ella en la cama durante algunos minutos. Luego, salió a la sala de estar.

«Juega en silencio, Ava, y deja que Marianne duerma un rato». Tan pronto como papi volvió al carro, Ava fue al cuarto de sus padres y se subió a la cama.

—Esa es mi niña —dijo mami y la acurrucó contra ella.

—¿Estás enferma otra vez?

—Shhh. No estoy enferma. Solo estoy cansada; eso es todo. —Se quedó dormida y Ava permaneció con ella hasta que escuchó el carro en la entrada. Bajó de la cama y corrió a la sala para mirar por la ventana. Papi estaba desatando un árbol navideño del techo del viejo Plymouth gris.

Chillando de emoción, Ava abrió la puerta delantera de par en par y bajó corriendo los escalones. Daba saltitos y aplaudía. «¡Es enorme!».

Joshua entró por la puerta trasera con las mejillas enrojecidas por el frío, pero con los ojos brillantes. La venta de árboles navideños había sido buena. Si el escuadrón recaudaba el dinero suficiente este año, todos podrían ir al campamento Dimond-O, cerca de Yosemite. Si no, Joshua ya había hablado con los Weir y los McKenna, los vecinos de la cuadra, para que lo contrataran para cortarles el césped. «Aceptaron pagarme cincuenta centavos por semana. Multiplicado por dos, ¡son cuatro dólares al mes! —Sonaba a un montón de dinero—. Podré ahorrar lo suficiente para pagar yo mismo el campamento».

Después de la cena, mami insistió en lavar los platos y le dijo a papi que abriera la caja con los adornos y empezara con el árbol. Papi desenredó y colocó las luces en el árbol. Las encendió antes

de empezar a desenvolver los adornos y de pasárselos uno por uno a Joshua y a Ava para que los colgaran. «Ocupate de las ramas de arriba, hijo, y déjale a Ava las de la mitad de abajo».

Algo se estrelló en la cocina. Sobresaltada, Ava soltó un adorno de cristal cuando papi se levantó de repente y corrió hacia la cocina. «¿Marianne? ¿Estás bien?».

Temblorosa, Ava se agachó para recoger los pedazos del adorno que había roto, pero Joshua la apartó. «Ten cuidado. Déjame hacerlo. Podrías lastimarte. —Cuando ella rompió en llanto, él la abrazó—. Está bien. No llores».

Ava se aferró a él; su corazón latía rápido y fuerte, y oía que mami y papi discutían. Trataban de hablar en voz baja, pero Ava podía oírlos. Escuchó que barrían y que tiraban algo en el cesto de la basura debajo del fregadero. La puerta se abrió y mami apareció. Su sonrisa se borró rápidamente.

—¿Qué pasó?

—Ella rompió un adorno.

Papi levantó a Ava.

—¿Te cortaste? —Ella negó con la cabeza. Papi le dio una palmadita en el trasero—. Entonces, no hay motivo para molestarse. —Le dio un abracito y volvió a pararla en el piso—. Terminen de decorar el árbol, mientras enciendo el fuego.

Mami prendió el radio y encontró un programa de música. Se acomodó en su sillón y sacó un tejido de su canasta. Ava se subió al asiento con ella. Mami la besó en la frente.

—¿No quieres poner algunos adornos más en el árbol?

—Quiero sentarme contigo.

Papi miró por encima del hombro mientras acomodaba la leña. Tenía una expresión sombría.



El domingo hacía frío, pero había dejado de llover. Las parejas se reunían en el salón social con sus hijos y los guiaban a las clases

de la escuela dominical, antes de pasar al santuario para la «reunión de los adultos». Ava vio a Penny Matthews y corrió delante de mami. Cuando la alcanzó, se tomaron de la mano y se fueron a su clase.

Después de la escuela dominical, la señora Matthews vino a buscar a Penny. Mami ayudó a la señorita Mitzi a lavar y secar los platos de las galletitas. Papi habló con los últimos rezagados. Cuando todos se fueron, la familia entró al santuario. Mami acomodó los himnarios y juntó los boletines descartados. Papi guardó los relucientes candelabros de bronce y los platos de las ofrendas. Ava se sentó en el taburete del piano, balanceando las piernas y tocando acordes.

La puerta de la iglesia se abrió de golpe y un hombre entró corriendo. Mami se incorporó y apoyó una mano contra su pecho.

—Clyde Eisenhower, ¿qué pasó? Casi me matas del susto.

El hombre se veía acalorado y alterado.

—¡Los japoneses bombardearon una de nuestras bases navales en Hawái!

Ni bien llegaron a casa, papi encendió el radio. Se quitó la chaqueta del traje y la colgó en el respaldo de una silla de la cocina, en vez de guardarla en el clóset de su habitación, como solía hacer. «... *los japoneses han atacado Pearl Harbor, Hawái, por vía aérea, acaba de anunciar el presidente Roosevelt. El ataque también fue perpetrado contra todas las actividades navales y militares de la isla principal de Oahu...*». La voz en la radio sonaba angustiada.

Mami se hundió en una silla de la cocina. Papi cerró los ojos y bajó la cabeza. «Sabía que esto sucedería».

Mami ayudó a Ava para que se subiera a su regazo y se quedó callada, escuchando la voz que seguía hablando sin parar sobre bombardeos, barcos hundidos y hombres que morían quemados. Mami empezó a llorar y eso hizo llorar a Ava. Mami la estrechó y la meció en sus brazos. «Está bien, cariño. Todo está bien».

Pero Ava sabía que no estaba bien.

La señorita Mitzi abrió la puerta con una floritura.

—¡Bueno, si no es mi pequeñita preferida! —Echó su chal hacia atrás por encima de su hombro y abrió los brazos de par en par. Con una risita, Ava la abrazó—. ¿Cuánto tiempo podremos estar juntas hoy?

—Todo el tiempo que gusten —dijo mami, siguiéndolas a la sala de estar.

A Ava le gustaba estar con la señorita Mitzi. Tenía toda la sala de estar decorada con chucherías y no le molestaba que Ava las levantara y las revisara. A veces, hacía café y servía una taza para Ava, permitiéndole que agregara leche y todo el azúcar que quisiera.

Mitzi parecía preocupada.

—Te ves terriblemente cansada, Marianne.

—Iré a casa y tomaré una siesta larga y placentera.

—Haz justo eso, querida. —Mitzi la besó en la mejilla—. No te exijas tanto.

Mami se agachó y abrazó a Ava. Le dio un beso en cada mejilla y pasó la mano por su cabeza mientras se incorporaba.

—Sé buena con Mitzi, cariño.

Mitzi levantó el mentón.

—Adelante con la cacería —le dijo a Ava. Mitzi acompañó a mami hasta la puerta delantera, donde conversaron unos minutos mientras Ava daba vueltas por la sala, buscando su estatuilla favorita: un cisne de porcelana lustrosa que tenía un patito feo al costado. La encontró en una mesa rinconera, bajo una boa de plumas.

Mitzi volvió a la sala de estar.

—La encontraste muy rápido. —La puso sobre la repisa de la chimenea—. Tendré que buscar un lugar mejor donde esconderla para la próxima vez. —Frotándose las manos, entrelazó sus dedos y los hizo tronar—. ¿Qué piensas de un poco de *honky tonk*? —Se

lanzó al viejo piano vertical y tecleó una melodía alegre—. Después de que aprendas a tocar a Bach, Beethoven, Chopin y Mozart, te enseñaré a tocar las cosas divertidas. —Sus manos corrían de un extremo al otro del piano. Se levantó, apartó el taburete de un empujón y siguió tocando, abriendo un pie hacia un costado y luego el otro, con una seguidilla torpe de salto-patada, salto-patada. Ava se rio y la imitó.

Mitzi se incorporó.

—Eso fue solo un pequeño adelanto. —Echó la punta de su chal hacia atrás otra vez, por encima de su hombro, y levantó el mentón con el rostro serio—. Ahora, debemos ponernos serias. —Dio un paso al costado y con un gesto exagerado invitó a Ava a que se sentara en la banqueta. Riendo, Ava ocupó su lugar mientras Mitzi ponía algunas partituras en el atril—. La orden del día es un poco de Beethoven simplificado.

Ava tocó hasta que el reloj sobre la chimenea dio las cuatro. Mitzi miró su reloj pulsera.

—¿Por qué no juegas un rato a los disfraces? Voy a hacer una llamada.

Ava se bajó del taburete.

—¿Puedo ver tus joyas?

—Claro que puedes, cariño. —Mitzi señaló con un gesto hacia la habitación—. Mira dentro del clóset; revisa los cajones, también. Pruébate lo que te guste.

Ava encontró un tesoro de adornos y collares brillantes. Se puso un par de pendientes de diamantes de imitación y un collar de cuentas de cristal rojo. Agregó uno de perlas y otro collar con cuentas color azabache. Le agradaba el peso del destello y la gloria que rodeaban su cuello. Al descubrir el recipiente de rubor de Mitzi, se frotó un poco en cada mejilla y luego usó el delineador de cejas. Eligió el lápiz labial del rojo más intenso de Mitzi, entre la multitud de tubitos. Abriendo muy grande la boca, imitó a una de las mujeres que había visto en el baño de damas de la iglesia y se

embadurnó de lápiz labial. Hurgó entre el maquillaje y se empolvó las mejillas, tosiendo cuando una nube perfumada la rodeó.

—¿Estás bien allá dentro? —gritó Mitzi desde el otro cuarto.

Agitando las manos alrededor de su rostro, Ava dijo que estaba perfectamente bien y se dirigió al clóset de Mitzi. Se puso un sombrero de ala ancha con una gran boa roja y encontró un chal negro con flores bordadas y flecos largos. Vaya que Mitzi tenía un montón de zapatos. Ava se sentó y desató sus zapatos Oxford, luego se calzó un par de tacones rojos.

—¡Ay, ay, ay! —Mitzi entró aprisa y le agarró la mano—. El pastor Ezekiel está viniendo a recogerte. Tengo que limpiarte antes de que llegue. —Se rio, quitándole el gran sombrero y lanzándolo dentro del clóset. Le desenrolló el chal—. Un admirador me dio esto cuando cantaba en un cabaret en París, hace como ciento cincuenta años.

—¿Qué es un cabaret?

—Ah, olvida que lo mencioné. —Mitzi arrojó el chal sobre el cubrecama rosado de felpa—. ¡Y estos collares viejos! Santo cielo. ¿Cuántos te pusiste? Me sorprende que todavía estés de pie con todo ese peso. Bueno, vamos. Entra al baño. —Mitzi le untó una crema limpiadora y después se la quitó. Se rio—. Te ves como todo un payasito con esas cejas negras y los labios rojos. —Volvió a soltar una risita y refregó las mejillas de Ava hasta que le causó comezón.

Sonó el timbre de la puerta.

—Bueno, es lo mejor que pudimos hacer. —Arrojó la toalla a un costado, enderezó el vestido de Ava, peinó su cabello con los dedos y le dio una palmadita en la mejilla—. Te ves muy bien, tesorito. —La tomó de la mano y volvieron a la sala de estar. —Espera aquí. —Fue hasta la puerta y la abrió tranquilamente—. Pase, pastor Ezekiel.

Papi le echó un vistazo a Ava y levantó las cejas muy alto. Le temblaban los labios mientras miraba de reojo a Mitzi.

—Hmmmm.

Mitzi llevó sus manos a su espalda y sonrió con mucha inocencia.

—Cargue la culpa a mi cuenta, Ezekiel. —Sonrió—. Le dije que usara lo que quisiera de mi cuarto mientras yo hablaba con Marianne. Olvidé todas las tentaciones que podía encontrar. Marianne sonaba tan cansada que le dije que lo llamaría a usted. Pensé que no llegaría hasta después de las cinco.

Papi extendió la mano.

—Es hora de irnos, Ava.

Mami estaba dormida en el sofá. Empezó a levantarse, pero papi le dijo que descansara; él se ocuparía de la cena. Le dijo a Ava que jugara en silencio. Joshua entró por la puerta trasera y habló con papi. El teléfono sonó. Que Ava recordara, fue la primera vez que papi lo ignoró.

Mami tenía mejor aspecto cuando se sentaron a cenar. Papi oró bendiciendo los alimentos. Todos hablaron sobre cómo había sido su día. Joshua levantó la mesa y lavó los platos. Ava intentó ayudarlo, pero él la alejó. «Lo haré más rápido si lo hago solo».

Mami se fue a dormir temprano. Tan pronto como papi acostó a Ava en su cama, él se fue a la suya. Ava se quedó despierta, escuchando el sonido de la conversación en voz baja. Pasó un largo rato antes de que se quedara dormida.



Ava se despertó a oscuras y escuchó que se cerraba la puerta delantera. Papi había salido a tener su tiempo de oración matutina. Recordó cuando la llevaba a esas caminatas y añoró que lo siguiera haciendo.

La casa parecía fría y oscura cuando él se iba, aunque mami estuviera en la habitación de al lado y Joshua en su fuerte. Empujó las mantas y fue de puntillas al cuarto de mami y papi. Mami se movió y levantó la cabeza.

—¿Qué sucede, cariño?

—Tengo miedo.

Mami levantó las mantas. Ava se subió a la cama y se metió debajo. Mami la rodeó con su brazo, cubrió a las dos y la acercó a su cuerpo. Ava se sumergió en la tibieza y se adormeció. Se despertó cuando mami hizo un sonido raro, un gemido bajo, y murmuró: «Ahora no, Señor. Por favor. Ahora no». Volvió a gemir y su cuerpo se puso rígido. Se acostó sobre su espalda.

Ava se dio vuelta.

—¿Mami?

—Vuélvete a dormir, nena. Solo duérmete. —Lo dijo con una voz tensa, como si hablara entre dientes. Entre sonidos sollozantes, dejó escapar un largo suspiro y su cuerpo se aflojó.

—¿Mami? —Cuando no le respondió, Ava se acurrucó junto a ella.

Ava se despertó abruptamente al sentir que unas manos frías y fuertes la levantaban de la cama.

—Vuelve a tu cama ahora, Ava —susurró papi.

El aire frío la estremeció. Se abrazó a sí misma y miró atrás por encima del hombro mientras caminaba hacia la puerta.

Papi rodeó la cama.

—¿Durmiendo hasta tarde esta mañana? —Habló en voz baja y cariñosa mientras se inclinaba y besaba a mami—. ¿Marianne? —Se enderezó y encendió la luz. Su nombre salió en un grito ronco cuando apartó las mantas y la levantó.

Mami colgaba de los brazos de papi como una muñeca de trapo, con la boca y los ojos abiertos.

Papi se sentó en la cama y empezó a mecerla hacia adelante y hacia atrás, mientras sollozaba: «Oh, Dios, no... no... *no*».